

Analectas

Gastronomía, canto segundo

En este número de Hedypatheia continuamos con una nueva entrega del canto segundo de esta extraordinaria creación del general Arquéstrato, un poeta griego, nacido en Gela, Sicilia, que escribió a mediados del siglo IV a. C. el primer poema que se conoce en la historia sobre la gastronomía haciendo referencia a varios lugares del mediterráneo donde se puede encontrar la mejor comida de la época, y que ha sido la principal motivación para el nombre que tiene esta revista.

LA GASTRONOMIA

CANTO SEGUNDO

CUBIERTO PRIMERO

Vosotros que en la dulce primavera
De floreciente edad, tiernos amores
Buscáis tan solo, y blandos sentimientos
No ya á los pies del idolo adorado
Espereis evitar negras traiciones
De esas encantadoras,
Que sobre el lecho, en que el deleite duerme
Trazando estan, infieles la perfidia.
Confundidos sereis en vanos zelos;
Y en vuestra necesidad hareis testigos
A estos arboles, mudos confidentes
De mil tiernas promesas,
¡Mas ay os secareis mas que sus troncos!
Venid á los placeres que yo canto;
Y ellos no engañaran vuestros deseos:
Delicioso placer; que el apetito
Renaciendo incesante
Siempre hace mas amable, y mas picante
Aquel, de quien el rostro con arrugas
Afeó la vegez, ya desprendido
Del error que encantó su edad lozana,
Solo al ver los manjares preparados
Se sonríe amoroso:
Se anima, y en su mesa bien servida,
Sus días juveniles hallar juzga.

El asesino que el suplicio espera
Pide una hora aun, y alegre muere,

Si sus guardas por dicha enternecidos
Algo añaden al pan de su miseria.

Saborea infeliz, ya moribundo,
Las dulzuras de su ultima comida:
Pasto inutil, esteril alimento
De tardia largueza,
En que no puede obrar naturaleza.

No aconsejo de Griegos y Romanos
La monstruosa comida á los modernos,
Ni os hare reprender, el que no pongan
Un toro al asador: rasgo muy digno,
De siglos mas glotonos,—de los héroes
Del Cura de Mendon ¿De que sirvieran
Los formidables, toscos aparatos
Que romperán la mesa con los platos?
Nuevos tiempos, lo sé nuevos manjares:
Y esto me lleba á tristes reflexiones.

Ah el estomago nuestro cede mucho
Al de nuestros abuelos! convengamos,
En que el grande progreso de las luces
Y de la verdad misma, los talentos
En nueva elevacion, parece cambian
Nuestro antiguo apetito—Buenos hombres,
Raza robusta, á quien un siglo injusto
Tacha antiguas costumbres, mas se engaña.

Convengo en que no habiais aun llegado
 De la melancolia al sabio tiempo;
 Mas digerais bien, y yo os envidio—
 ¿Pero que me distraigo en frioleras?
 A mis consejos dad oido atento,
 Mi Musa vá á dictarlos al momento.
 ¿Tratais de profesar el arte mio?
 Pues tened en la Aubernia, ó en la Bressa
 Una comoda granja, ó donde mira.

Leon entre sus vegas deliciosas
 Ir dos amantes rios á abrazarse;
 Y bajo de este cielo tan propicio
 Hallareis quanto sirva por ventura
 De la abundante mesa á la dulzura.

Al arreglar la casa, gran cuidado
 Poned en elegir buen cocinero:
 Es el hombre importante, el sabio artista,
 Que podrá hacer amable vuestro asilo,
 Y tambien frequentado; y vuestro nombre
 Respetable por él, de boca en boca
 Verais volar, citandolo á porfia.

Antes que lo tomeis exáminadlo,
 Estudiad, sus costumbres, genio, y gustos,
 Tomad aquel que vano de su ciencia
 Se juzga vuestro igual, y que muy grave
 Junto á su hornillo, que la llama alumbrá
 Dicta con dignidad en su cocina
 Las leyes de la Gula; y que dispone

De un pabo, ó de un capon, como condena
 El gran Sultan á su cordon funesto.

Su continente es serio, fiero el rostro;
 Pero amante de gloria, y muy sensible
 A los justos elogios. El auxilio
 Implorad del gran arte, que él estima,
 Y por que tal partido abrazar quiera
 Un discurso le haced de esta manera.

“Escucha, amigo mio, ya tu fama,
 “Que no reputo yo por humo vano,
 “Tu merito me dijo, y tus proezas,
 “Dignate ser de mi cocina gefe,
 é “Y dicta alli tus leyes: desde ahora
 Sé mi arbitro y mi guia: como dueño
 “En mi necesidad mas agradable,
 Que rige tu saber manda arbitrario;
 Corta, trinchá á tu gusto; y que en mi mesa
 Siempre por ti dispuesta, atraer logre
 Con amables prestigios mis amigos,
 Que tal vez inconstantes, se reúnen
 “De tu arte prodijiosa enamorados.

Saboreando los platos, que presentas,
 “Mi gracia alaben, y mi gran talento;
 é Oigales yo admirar el menor dicho,
 “Que escape de mi boca á la impensada...
 Y pueda vendecir al Cocinero
 (Despues de haber comido)
 “Que el cielo en su favor me ha concedido.”

Asi excitando su fervor, su zelo
Un servidor muy fiel podreis ganaros
Que triunfar mas y mas con noble orgullo
Hará el cetro de Commo con su diestra.

Luego lo podreis ver: á vuestra casa
Veo llegar atentos convidados
En cuyos ojos ya el deseo miro
De gozar del festin; de la cocina
La tardanza apresuran con su anhelo:
Se da priesa; y las llamas undulantes
Brillan en el hogar, y en los hornillos,
Que ocupan treinta platos diferentes.

La atmósfera obscurece el humo denso,
Y un grato olor en torno se respira:
Junto al maestro el ardor seva aumentando,
Y timidos los Pinches se embarazan
El uno al otro, de sudor perdidos,
Bastando apenas para tanto objeto
Como exige el servicio; mas su sabio,
Su imperterrito gefe muy gozoso
De mirarse esperado
No se altera, pues todo há meditado.

Entretanto adornad fino la sala
En que la mesa os brinda sus placeres,
Y que en grupos los frutos, y animales
Interesantes quadros os ofrezcan.

Sinders, de cocinas pintor diestro,
A todos yo prefiero quantos forme
La escuela Florentina; y aun por tanto
Eloquente Merzier en un discurso

Declamando poco hace contra el arte
Del celebre Rubens, dá preferencia
Sobre la imitacion de la natura,
De una pierna sabrosa á la pintura.

Jamas sigais la moda en comer tarde,
Quando ya el sol termina su carrera,
El estomago gime, y porque abuso
Tan culpable las cenas se han proscrito?
Se huye la mesa, á medias hoy se vive.

Dejad esta mania al que afanado
En su consolidado tercio, abraza
Su gran libro de tristes caracteres,
Y ayuna austeramente por prudencia.

Mas vosotros á quienes nada obliga
A tales privaciones, y que el hijo
De Ceres ha colmado de sus dones
Seguid á medio dia á la campana
Que os comboca al festin, que Commo ofrece.

¿Mas que oigo, Paris todo sublebad
Contra mi, acia la aldea me destierra ...
Ah! sufrire un desprecio de que me honro:
Voy pues, y habre comido
Quando Paris aun esta dormido,
Despues de anochecer una gran cena
Os llame al sueño, y vuestros ojos cierre;
Mas un cuerdo apetito de antemano
Formad, por no gemir en la abundancia.

Hay un medio de hallar este tesoro;
Exercicio, Senores, y exercicio.

A Diana siguiendo con la Aurora
 Armados de fusil, ó cervatana
 Las anades cazad en los estanques,
 Herid al Ciervo en medio de las selvas,
 O al Corzo perseguid por las llanuras
 Siguiendo á vuestros perros, que fogosos
 Su valor arrebatá; mas si el gusto
 De la caza os repugna, id placenteros
 A visitar al labrador sencillo
 Cuya simple familia en su cabaña
 Gozosa al veros, se consuela, y rie;
 Recorred vuestras tierras, los barbechos,
 Y admirando qual crecen los sembrados,
 El arado tomad, seguid sus alas,
 Poneos á formar surcos iguales
 Y sin rubor al rustico exercicio
 Entregaos tal vez, sin desdeñaros
 De usar la podadera, y la azadilla.

Dirigid la corriente de un arroyo
 A vuestros prados que el verano agosta;
 O el Caballo montad, fiero, arrogante
 que el hierro destructor há respetado;
 Y en los campos labrados, su soberbia
 Domad podeis, y reprimir su audacia...
 Asi lograr podreis un apetito
 Picante, delicioso,
 Y en la mesa coger fruto copioso.

No del inmenso numero de platos,
 De que se puede usar, hare yo muestra:
 Mi Musa cuerda, y sabia en su proyecto
 Tratará por mayor tan rico asunto,
 Y por dar gusto á genios mas sublimes,

Desdeñara al vulgar. Mas, oh vosotros,
 De mis doctas lecciones no contentos,
 Al tesoro de Commo, ú al antiguo
 Cocinero frances seguid con gusto,
 Catecismo comun del necio artista;
 Del criado ignorante, que presume
 Conocer los reconditos secretos
 Del arte peregrino
 Si hace tortilla en grasa de tocino.

Mas ya la sopa veo, gran presagio
 De excelente comida; sea crasa,
 Untüosa tambien, y á jamon sepa:
 Tinten su caldo jugos vegetales
 Y esté cercada de ligera escolta
 De menestras brillantes, que abrir logren
 El apetito tardo, y los sentidos
 Exciten con viveza. Mas guardaos
 De abusar necios del primer momento,
 Ni os entregueis á cebos engañosos
 De una ansia que burlará vuestras fuerzas:
 Preludiad de la mesa en los placeres;
 Como un duende volad sobre los platos,
 E imitad de la abispa los caprichos,
 Que acaricia inconstante varias flores
 Y reserbada, despojando el seno,
 Deja apenas en él señal del robo,
 Sobre la nueva rosa no se para
 Y con dolor la deja; pero sabe
 Moderando con tino los deseos
 Guardar á otro placer sus sensaciones.

Se dejan ver con pompa las entradas
 Sean con abundancia prontamente

Preparadas, y esparzan todas ellas
Un suave perfume, que gran rato
Al huesped del olfato mas preciso,
Quando vaya á elegir, deje indeciso.

A mi me gusta en tanta comitiva
Ver un enorme lomo acompañado
De deshuesadas pollas, de empanadas,
De gigote, y cabezas bien rellenas:
Las piernas de carnero, canté un dia
Dandoles, pruebas de mi amor sincero,
Y lo repito: el tiempo miserable
Mi primera aficion aun no há mudado . . .
Pitágoras, lo se, Plutarco, y otros
No aprobarán mi gusto en esta parte,
Porque á los animales protegiendo
Quieren á vegetales reducirnos:
Enternezcanse al ver, que la ovejuela
Al machete feroz su cuello ofrece
Con ojos cariñosos: tiernos lloren
De un cordero la muerte: yo desprecio
Su falsa humanidad. En este punto
Es ciertamente su moral muy dulce:
De un animal la sangre derramada
Les ofende tal vez, les horroriza,
Mas luego inciensan al feroz guerrero
Que sus laureles riega
Con sangre de hombres, que inhumano siega.

¡Pero quanto me gusta el gran silencio
Que se observa en la mesa en su principio!
Sobre todo de rusticos discursos,
Ya por tan repetidos fastidiosos
Jamás querais usar. “No comeis nada,
“Estais malo? este plato hallais sin gusto
“Y eso, que es el que mas les hé encargado:
“Sino me ofendereis. La estacion lo hace,
“No hay que dar de comer, mas yo aseguro,
“Que si un dia me honrais, como lo espero,
“Un trato os podre dar mas lisongero.”

Mostrad delicadeza, y gran soltura;
Lentamente gozad, nadie os apure,
Y evitad, que en la boca apresurado
Empuje un trozo al otro en su camino.

Al diestro parasito que se llega
Convidado por si, dad acogida
Tal qual vez en la mesa; ni su nombre,
Ni su patria sabeis; mas por su amigo
Os reconoce ya, sin duda os ama,
Os quiere, os honra; paga en cumplimientos
Los sabrosos bocados, que devora;
Y su grande apetito
Os divierte, y complace un infinito
Nunca asociais al gozo de un banquete
Los Valetudinarios,

El ente delicado, que por gusto
 Al buen Dios de Epidauro se esclaviza
 Siempre de dieta, y siempre con prudencia,
 Ni un sencillo placer tímidos gozan,
 Y aun el efecto ven de los manjares:
 Pesada es esta caza, esta mal sana
 Esto aprovecha, á daña al cuerpo humano
 Sus delirios apoyan, en sofismas
 Y del Doctor de Cós citan con prueba
 Dos cientos aforismos;
 Huyen de todo, piensan en curarse,
 Y en aprension tan fuerte
 De miedo de morir se dan la muerte
 Mortales infelices, que abomina
 El gran Commo, apartaos de nosotros
 A seguir vuestro regimen, y nunca
 Volvais ya, convidados impotentes,

A ayunar junto al ara, en que el incienso
 Prodigan nuestras manos.

Vosotros que en salud robusta, firme
 Del mas rico festin saleis triunfantes,
 Venid por que á vosotros pertenece
 Adornar nuestra mesa
 De mi arte bienhechor ved los secretos,
 Yo nada os callare. Si os convidasen
 Por desgracia, á comer sin ceremonia,
 De toda confianza, prontamente
 Reusad un honor tan peligroso
 Pues hay oculto lazo en el convite,
 Y siempre recordad, mientras viviereis,
 Que es una gran traicion, y una asechanza
 Todo convite ya de confianza.

Traducido por: Don Manuel Pedro Sánchez Salvador (1818).

Fuente: Arquéstrato. 1818. La gastronomía, o el arte de comer. Henrique Bryer, Bridge-Street, Blackfriars. Londres, Inglaterra.